



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



9 de noviembre de 1889



Núm. 106



LA ARDILLA Y LAS PERAS



UN RATO DE CHARLA

Lo más interesante que ha ocurrido, á mi ver, en esta semana en que escribo, lo he encontrado en la cuarta plana de un periódico, ó sea en la *Sección de anuncios*. Es una lección en toda regla: una simple tarjeta que vale por treinta mil discursos.

El caso es este: trátase de un honradísimo personaje que ocupó hasta hace poco tiempo un alto puesto en uno de los más ilustres é inútiles rodajes de nuestra administración. El Gobierno le quitó de allí á cajas destempladas, y el dignísimo estadista, en vez de irse á la oposición ó á trabajar para que le trataran bien en *Clases Pasivas*, contentóse con hacer insertar en los periódicos un modesto aviso concebido en estos términos: «Don F. de T., ingeniero de caminos, canales y puertos. Consultas, de once á doce. Calle tal, número tantos.»

Este proceder, sin precedente en nuestros *hombres públicos*, es la página más honrosa del probo é inteligentísimo caballero á quien aludo: es un modelo que imitar, y, —aunque sin quererlo indudablemente la persona de quien trato,—la venganza más terrible que pudiera tomarse dada su situación.

No puede desesperar ciertamente un país cuando cuenta aún con caracteres tan enteros. ¡Bien haya el anuncio que ha revelado á España

que aun existen hombres que no se contentan con predicar el trabajo, sino que hacen de él su más preciada ejecutoria!

Y cuenta que el ingeniero de quien hablo lleva un nombre de los más ilustres y respetables en nuestra patria.

Si yo fuese rey le haria al expresado caballero presidente del Consejo de Ministros.



El perrito de las praderas



A las horas en que escribo estas cuartillas se ha cerrado ya la Exposición Universal de Paris; grande, magnífica feria, pero que quizás haya ocasionado más perjuicios que ventajas, moralmente hablando. Ha sido una fiesta para uso de los Cresos, y el que ha ido allí no siendo un Cresos á buen seguro se habrá fastidiado.

Con la tal Exposición se les han vuelto á subir los humos á los franceses, que ya, con mucho talento, habian dispuesto la cosa de manera que todos, á su lado, resultasen platos de segunda mesa. Afortunadamente nosotros los españoles apenas nos hemos llamado Pedro, por más que nuestros diestros, *cantaos* y bailarines hayan metido allí un ruido de todos los diablos. Los buenos de los parisienses se han afirmado, por

lo tanto, más que nunca en la idea de que aquí campea lo flamenco desde el mar de Luso á la Junquera, y, aunque es cierto que campea en casi todo dicho espacio, sin embargo, todavía quedan aquí y allá algunos metros cuadrados libres de la floxera en cuestión.

A la verdad, el concurso de nuestros artistas taurómacos y de los hijos de Faraón andaluces ha sido precioso para el Gobierno francés, que tenía dadas las oportunas órdenes para que la nota dominante de la Exposición fuese la alegría.

El
perrito
de
las praderas



¡Gente como ellos para alegrar á los mortales! Así es que no es de extrañar *le grand succès* (lo acabaré en franco-español) que han merecido. La cosa ha sido tan clara, tan inequívoca, que de la propia manera que aquel dijo abriendo el armario: «Está oscuro y huele á queso,» ha podido decirse de la Exposición: «Cantan flamenco y huele á salchichón con ajo.»

Que nuestros Gedeones, Corianos y Batuecos se hayan admirado de lo que han visto á orillas del *Seine* (como decía uno que me envió una postal desde la *cúspide* de la Torre Eiffel), no

tiene nada de particular; pero que se hayan dejado alucinar los alemanes, es cosa que me ha admirado de veras. Está visto que en el mundo hay muchas más toneladas de *bêtise* de lo que se figura uno.

Y ahora voy á terminar, aconsejando á los que tengan delicados los nervios no me acaben de leer: en mi concepto la Exposición Universal de París ha sido un golpe mortal para el arte; ha sido el triunfo de la baratura, del oropel, de la escayola, del doublé; la apoteosis de la vanidad superficial; un *negocio* judío; la abdicación del buen gusto, la derrota de lo verdadero, la victoria de la grosería sobre la delicadeza, el desplome del sagrado alcázar del ideal, aplastado por las cuatro patas de la Torre Eiffel.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





CUATRO PALABRAS SOBRE LA ENSEÑANZA

HORA que todos estamos bajo la impresión de los actos solemnes con que han comenzado sus tareas científicas todos los centros de instrucción, no caerán en saco roto, como vulgarmente se dice, algunas observaciones hechas á la ligera acerca del carácter que la enseñanza debe tener y del papel importantísimo que en ella representan el profesor en el aula y los padres de familia en su propia casa.

El profesor que desea cumplir con su deber, no sólo tiene la obligación de conocer perfectamente la materia sobre que ha de versar su explicación, sino que á ésta agregará otra no menos importante y trascendental, como es la de estudiar las aptitudes especiales de sus alumnos, su manera de ser, sus aficiones, aquello que les agrada, aquello otro que les disgusta: en una palabra, penetrar en su interior y extraer de él, por decirlo así, los materiales necesarios para modelar en su imaginación la parte espiritual del alumno y ver de un modo claro sus alcances y todos y cada uno de sus méritos ó desméritos. Claro es que al tratar de esto he de referirme con particularidad á la instrucción primaria, y no se me replique que lo expuesto es deber del padre y no del profesor: nada de eso. El padre, lo mismo que la madre, tienen una delicada misión que cumplir en el seno de la familia, y la cumplen en este sentido todos aquellos padres que enseñan á sus hijos á ir á la escuela diariamente y con puntualidad, aconsejándoles la aplicación y el respeto debido á su maestro. ¿Qué más ha de hacer un padre? La madre, ese ángel del hogar que se sacri-

fica en cuerpo y alma por hacer la felicidad de su esposo e hijos, harto tiene con hacer que esos hijos vayan aseados y con cuidar de alimentar con sanos consejos á corazones inocentes á fin de crear en ellos buenos sentimientos. El resto queda por derecho propio al maestro. Éste es el que, sabiendo y queriendo cumplir su elevado ministerio, ha de ser el que los eduque verdaderamente, y á él más que á los padres del alumno debe de culparse cuando se nota, como sucede de ordinario, deficiencia lamentable en la educación, que suele ser causa, más tarde, de la perdición de los jóvenes. El profesor tiene á los niños bajo



Después de la lluvia

su poder seis horas del día: las restantes están con los padres; y como dedican mucho tiempo al descanso, resulta que la mayor parte del día lo pasan al lado del profesor. Ninguno, pues, ha de ser tan responsable de la educación que reciban como él, á quien se le retribuye y el que tiene la obligación exclusiva de enseñarles. Si esto fuera así, si los profesores de hoy día no siguieran un sistema rutinario y estéril, si en la cuestión de libros de texto eligieran siempre los mejores y jamás los de tal ó cual autor amparado en el favoritismo de unos y otros, si no se tomaran estos asuntos como negocios puramente mercantiles; otro fuera nuestro destino, y la enseñanza sería una verdad, los profesores se honrarían y nos honrarían muchísimo, y la sociedad se vería libre de infinitos individuos que, teniendo por base una educación tristísima, la perturban y la ultrajan, produciendo en ella el desorden y la inmoralidad.

Más valiera que todos empleáramos nuestra actividad é inteligencia en curar de raíz este mal, y no gastásemos inútilmente el tiempo en reformar y reformar planes de estudios en las facultades, porque sabido es que toda planta necesita alimentarse en primer término por la raíz, no por las ramas.

Es un error, á mi juicio, echar toda la culpa á los padres cuando su hijo sale mal educado; porque, aparte de aquellos jóvenes á quienes no dominan ni la reprensión ni los duros tratamientos, la mayoría se dejan guiar del profesor con facilidad siempre que éste conozca perfectamente su obligación y haga propósito firme de cumplirla.

Lo ordinario es que hoy acontezca enteramente lo contrario á lo que debiera pasar; y, así, se ve que, en lugar de ir los niños á la escuela á aprender todo lo bueno, salen de ella sabiendo todo lo malo. ¿Consiste esto en el padre? ¿Puede exigírsele responsabilidad á la madre? Sería injusto hacerlo así. ¿Quién tiene, pues, la culpa? Preciso es confesarlo y pena siento al decirlo: el profesor, por negligencia suya en el desempeño de sus funciones docentes, ó por falta de la vigilancia precisa entre aquellos que bajo su protección se amparan, es el único responsable. En apoyo de esto puedo presentar el caso siguiente, frecuentísimo en nuestras aulas. Dentro de un mismo curso, los alumnos de éste tienen dos ó tres profesores distintos: en unas clases entran pateando y no dejan hablar al catedrático, mientras que los mismos alumnos en otras aulas guardan el orden más riguroso. Véase, pues: los alumnos son los mismos; los profesores varían: luego en éstos consiste. No es, pues, que los alumnos no respeten al profesor, no: es que el profesor no se hace respetar.

A cada uno lo suyo y la verdad en su lugar.

Q. M. BONILLA FRANCO





LOS PÁJAROS

CUÁNTOS de vosotros, queridos camaradas, debéis pasar gran parte del día pensando en vuestros juegos en lugar de escuchar las explicaciones con que el profesor tiende á inculcaros las ideas y conocimientos necesarios para llegar á ser algún día útiles con vuestros servicios á la humanidad!

¡Cuántos deben estar en continuo desvelo, buscando por los campos y bosques nidos de inocentes pajarillos, para tener con ellos el maldito gusto de verles padecer tirando carritos de papel y morir en medio de los mayores tormentos, exhalando gritos de agonía, entre unos cuantos niños que parecen gozar y divertirse con los crueles martirios que están sufriendo los inofensivos pajarillos!

Los que tal hacen, bien se ve que no saben el perjuicio que ocasionan. Los pájaros, queridos camaradas, son el centinela de los campos, que impiden, devorándolos, que multitud de insectos destruyan las plantaciones y debiliten las cosechas, y, por lo tanto, impiden que la miseria vaya en pos de los honrados y laboriosos campesinos que pasan su vida cuidando y arreglando los campos á fin de que, con el rendimiento de las cosechas, puedan, cuando ya las fuerzas los abandonen y no sean útiles para practicar las grandes y pesadas fatigas del campo, tener algunos fondos con que pasar holgadamente la vejez y aguardar con tranquilidad y sosiego la hora en que Dios sea servido llamarlos á ocupar el sitio que, por sus buenas ó malas obras practicadas en el paso por este mundo, sean dignos de merecer.

Por otra parte, ¿no es mejor, queridos camaradas, que los pájaros alegren con sus melodiosos cantos y animados movimientos el aire que nos rodea? ¿No es un espectáculo maravilloso contemplar la variedad de plumas de vivos colores con que abrigan y defienden de la intemperie á sus cuerpos estos inofensivos seres? Si esto es verdad, debéis respetar, queridos camaradas, á los pájaros, y cuidarlos si á mano viene, y cumpliréis con un deber; y así os haréis merecedores de la benevolencia de Dios y del respeto de los hombres.

RAMÓN HUGUET JACOBA





EL NIDO DE LA HUERTA

En un pino de mi huerta
tres jilguerillos he visto
que la pelada cabeza
sacaban fuera del nido.
Piaban alegremente
siempre que en el débil pico
cualquier insecto brillante
la madre traía cautivo,
ó cuando, ufana y gozosa,
les daba el grano de trigo,
de entre los surcos robado
y en los sembrados cogido
con peligro de la vida,
mas despreciando el peligro.

Si la lluvia ó la tormenta
mostraban medroso signo,
si de las nubes el rayo
rasgaba el seno encendido,
si al declinar de la tarde
sentía el relente frío
y la noche con negruras
cubría el azul divino,
la madre abría las alas
y cobijaba á sus hijos,
mientras el cierzo ó la lluvia,
ó la escarcha, ó el granizo,
hacían helar la sangre
de sus miembros ateridos.

Quando despertaba el día,
y con él los pajarillos,
daban á la madre tierna,
por su cariño, cariño,
por sus ternuras, ternuras,
y piadas por sus trinos;
y acariciando aquel seno,
entre plumas escondido,
parecía que dejaban
en él un beso sencillo...
¡muestra del cariño inmenso!
¡prueba del amor sentido!
¡Cuántas veces, enviando
la paz del hogar tranquilo
que surgía de las hojas
sobre las ramas del pino,
yo exclamaba:— ¡Qué dichosas
son las madres, pues los hijos
recompensan sus cuidados
con un amor infinito!—

Mas cubriéronse de plumas
los pintados jilguerillos,
y cuando vivir pudieron
sin el maternal auxilio...
volaron una mañana
y no volvieron al nido.

EDUARDO VILLEGAS

CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

EL doctor A. Weisbach, médico del hospital austro-húngaro de Constantinopla, ha publicado recientemente curiosas investigaciones sobre la antropometría.

Quizás no exista otro sabio que haya tomado en el hombre vivo medidas tan exactas como el indicado doctor.



El caballo viejo

Estas medidas se refieren á 19 pueblos diferentes, y comprenden más de 200 individuos de las comarcas más distintas del globo.

Los datos más curiosos que ha recogido se refieren á los movimientos del pulso, á la longitud del cuerpo, á la circunferencia de la cabeza, á las proporciones de la nariz y á la comparación de la longitud de los brazos con los demás miembros.

Así, por ejemplo, el número de las pulsaciones por los minutos varía en los siguientes límites: los negros del Congo, 62 pulsaciones; los hotentotes, 64; los cinganos, 69; los magyares y cafres, 70; los siameses, 74; los habitantes de las islas de la Sonda y Sandwich, 78; los judíos, javanenses y bugis, 77; los japoneses, 78; los chinos, 79; los zagals, 80; los nicobars, 84.

Respecto á la estatura, los más pequeños de todas las razas medias son los hotentotes, 1,286 milímetros; los tagalos, 1,562; los japoneses, 1,569; los amboinenses, 1,594; los judíos, 1,599; los cinganos, 1,609; los australianos, 1,617; los siameses, 1,622; los madureses, 1,628; los magyares, 1,658; los negros del Congo, 1,675. Los más altos se encuentran entre los indígenas de las islas Sandwich y los canacas, 1,700; los cafres, 1,753; y los maoris de Nueva Zelanda, 1,757. Si comparamos estas medidas con las de los pueblos europeos, encontraremos que los ingleses é irlandeses miden, por lo regular, 1,690 milímetros; los escoceses, 1,708; los suecos, 1,700; los noruegos, 1,723; los daneses, 1,685; los alemanes, 1,680; los franceses, 1,667; los italianos, 1,668; y los españoles y portugueses, 1,558.

La mayor circunferencia de la cabeza se encuentra entre los patagones, 614 milímetros; y los maoris, 600. Vienen después en el orden siguiente: los

cafres, 575; los nicobars, 567; los negros del Congo y los chinos del sur, 553; los tagalos, 552; los hotentotes, 540; y los siameses, 529.

La estatura y la circunferencia de la cabeza están, por lo regular, en relación inversa una de otra, aunque haya excepciones: los siameses, por ejemplo, que con una pequeña estatura tienen una cabeza muy grande; y los patagones, de gran cabeza y estatura á la par.

Respecto á la cara, los indios de la América del Norte y los de la Polinesia son superiores á las demás razas por sus proporciones. Vienen después los



El caballo viejo

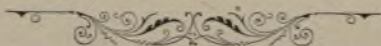
europeos del norte, del centro y del este; los europeos del oeste y los negros; tras ellos los europeos del sur, á quienes siguen los asiáticos del este.

Entre los pueblos europeos, bajo el punto de vista de la raza, encontramos los pechos más estrechos entre los semitas, y después las razas romanas, los celtas, los cinganos y los germanos.

Entre los europeos del este, los habitantes de la Australia y Polinesia, y sobre todo los asiáticos del extremo oriente, las piernas son más cortas que los brazos.

Importantes deducciones pueden sacarse de estos datos para la clasificación de las razas humanas. No podría, sin exponerse á equivocaciones lamentables, establecerse una clasificación sobre la antropometría sola; pero las medidas de este género, reunidas en gran número y con precisa exactitud, ofrecen un grande auxilio á la antropología.

A. OZORES



EL CALOR CENTRAL

(A MI QUERIDO HERMANO PATRICIO)

EN nuestra época la tierra tiene por corteza no más que una endeble capa que la rodea, comparada con lo inmenso de sus proporciones; y todo lo restante hacia el interior se encuentra en estado de fusión, lo que al parecer nos debía producir un aumento de temperatura en la superficie, pero que no nos es-susceptible más que por los fenómenos que nos presenta y que el mismo fuego produce.



El sapo cornudo

Este calor se comprueba principalmente por el aumento de temperatura que progresiva y gradualmente experimentamos conforme descendemos ó nos acercamos al centro de nuestro globo. Este aumento de temperatura es, por término medio, de 5° por cada 100 metros que se desciende, como lo han demostrado los muchos y atentos estudios practicados en las sondas artesianas: á los 3,000 metros de profundidad obtiene la elevada temperatura del

agua hirviendo, y á las pocas leguas toda clase de cuerpos se encuentran fundidos y mezclados con la masa ígnea.

Como prueba grandiosa del calor central, tenemos los destructores volcanes, que son, sin duda alguna, los fenómenos que más claramente lo demuestran, ó mejor, que nos dan perfecta idea de ese fuego.

* * *

Los volcanes son montañas elevadas, de forma generalmente cónica más ó menos regular, aunque también se encuentran en países llanos y que se elevan muy poco sobre el demás terreno; pero no es lo más común, y así son ejemplos el Fusi-Yama, en el Japón; el Orizaba, en Méjico, que se eleva á 5,295 metros; y el Cotopaxi, á 5,753, en los Andes de Quito; y otros muchos que lo son de gigantescos y perfectos conos.

Estas montañas arrojan por su cima ó cúspide, y á veces por su halda ó falda, materias inflamadas, lavas, piedras, fuego, cenizas, etc.

Las oscilaciones del suelo y de la misma montaña es un fenómeno que constantemente acompaña y precede á la erupción. Estas oscilaciones son más intensas cuanto más próximo ésta el momento de la explosión, y casi siempre se oyen ruidos subterráneos, sordos y tenues al principio y atronados al concluir.

Al mismo tiempo de estos indicios de la explosión, se nota en los pueblos próximos al volcán una composición particular en la atmósfera, y, general-

mente debido al excesivo calor que reina por aquellas inmediaciones, se secan todos los manantiales de aguas.

A una fuerte conmoción tiene lugar una explosión formidable que envía á una altura inmensa el fondo del antiguo cráter, que, estando obstruído por la lava solidificada, las cenizas y otras materias de las anteriores erupciones, impedía el paso á los múltiples gases que de la masa central dimanaban y que por su soberbio empuje pudieron salir.

Muchas veces sucede que, en algunos puntos de la montaña, encuentra el fuego, al salir, menos resistencia; y entonces, doblgando su ímpetu, abre un nuevo cráter, despidiendo á notable é incalculable altura todos cuantos obstáculos encuentra á su paso.

La salida de la lava depende de la ascensión progresiva de la masa fluida hasta el mismo borde del cráter, y entonces se desborda y corre por las vertientes de la montaña, lo que sucede á los de poca elevación; pero en los de mucha altura acontece, por lo regular, que al subir esta materia, elevada por el empuje de los vapores, ejerce tal presión contra las paredes interiores del volcán que al fin éstas terminan por ceder y se abren grietas por donde se escapa la lava, y así se explica lo que sucedió en la erupción del Vesubio en 1861 y del Etna en 1865.

La lava puede estar saliendo sólo unos días, pero sucede á veces que continúa hasta muchos meses.

ANGEL DE SAN PEDRO Y AYMAT

(Se concluirá)

— NUESTROS GRABADOS —

LA ARDILLA Y LAS PERAS

El peral está cargado de fruto. Todos los días los niños de la casa bajan al jardín para contemplarlo, y la boca se les hace agua al pensar las que comerán. Una mañana Juanito corre en busca de su mamá con expresión inquieta y agitada y ruégale que baje al jardín, donde le enseña algunas peras que al parecer han caído al pie del árbol, siendo lo más particular que todas ellas están mordidas.

—Mira, mamá,—dice el muchacho,—alguien nos roba las peras ó se las come. Ya me pareció á mí que su número disminuía mucho.

—¿Qué podrá ser eso?—contesta la mamá.—Es preciso vigilar.

En esto vieron bajar del árbol rápidamente una ardilla, que, una vez llegada al suelo, comenzó á comerse una pera ávidamente.

—¡Pobre animalito!—exclamó Carlos.—Dejémosle comer en paz: ya quedarán bastantes peras para nosotros.

Pero cierto día, como pasara por allí un cazador y viese á la ardilla en la copa del árbol, disparóle un tiro y la mató.

Los niños lo sintieron mucho, y hubieran preferido que se comiese toda la fruta, porque tenían buenos sentimientos.

EL PERRITO DE LAS PRADERAS

—Aquí te traigo, Juanita,—dijo un papá á su hija menor,— un perrito de las praderas que habitaba en un agujero con un buho y una culebra.—Fué conducido al patio, diósele algo de comer, y á los pocos días familiarizóse mucho con todos. Era muy activo, y nunca estaba quieto, excepto cuando dormía. A menudo introducíase en la manga de mi chaquetón y

se quedaba dormido aquí. El gracioso animal salía con frecuencia á paseo, y á veces alejábale más de una milla de la casa para recorrer el bosque; mas no dejaba nunca de volver. Apenas veía á su amo ladraba como un cachorro, y cuando hacía frío permanecía junto al fuego para calentarse las manos como podría hacerlo una criatura.

Cuando su ama abandonó el campo para volver á la ciudad, el perrito de las praderas murió á los pocos días.

DESPUÉS DE LA LLUVIA

Ha llovido copiosamente toda la noche, y Juanito, asomado á la ventana con sus hermanas, contempla las charcas que el agua acaba de formar.

—De buena gana,—les dice,—bajaría á tomar un baño de pies y á ver si se encuentra algo bueno en esos charcos.

—Y yo también,—contestan á la vez las dos niñas.—Pidamos permiso para ello.

La mamá accede á la petición, y Juanito baja presuroso con sus hermanitas á remover los charcos. Así toman un baño de pies, y, además de divertirse, tienen la suerte de encontrar una peseta, con la cual corren á su casa locos de alegría.

EL CABALLO VIEJO

El joven Roberto se había encariñado mucho con un caballo blanco de su padre, sin duda porque el animal era ya muy viejo y dócil; y como hubiese descubierto que al pobre cuadrúpedo le gustaban mucho las manzanas, dábale cuantas encontraba en la casa. La cocinera lo echó de ver muy pronto; y como le faltasen cierto día que las necesitaba, resolvió guardarlas bajo llave en la despensa, de modo que el chico no pudo ya coger más fruta para el caballo.

Para vengarse de la cocinera, Roberto se apoderó de una toquilla que aquélla acababa de bordar y que encontró en su alcoba, fué á la cuadra, y púsosela al caballo en las orejas, soltándolo después para que fuese al prado á pastar. Muy pronto tuvo conocimiento, la cocinera, de aquella travesura, y corrió en busca del cuadrúpedo; pero éste, como si quisiera burlarse de ella, no se dejó coger; hasta que al fin, llegada la noche, el caballo fué conducido á la cuadra, pero la cocinera no recobró su prenda ni pudo encontrarla en ninguna parte.

EL SAPO CORNUDO

Marcos y Manuel iban todos los días á la oficina de correos, de parte de su mamá, para ver si había carta del padre. Un día, no solamente les entregaron una, sino que á ésta acompañaba una cajita herméticamente cerrada.

Los chicos corrieron á su casa aguijoneados por la curiosidad de saber qué contendría; y la mamá, participando un poco de ella, cogió las tijeras y cordones que sujetaban la tapa. ¡Cuál no sería la sorpresa de todos al ver saltar un sapo que tenía una especie de cuernos, y que, al caer sobre la mesa, quedó inmóvil! La mamá recordó entonces que su esposo había prometido enviar uno para que se guardase como curiosidad, porque la especie era rara.

LA ARDILLA Y SU RETRATO

Berta é Inés recibieron una pequeña ardilla de su hermano, que la había cogido en el bosque, y su papá les arregló un cajón á guisa de jaula para que la guardasen y cuidaran. El pobre animalito creció rápidamente, y muy pronto familiarizóse con sus jóvenes amas, que le cobraron el mayor cariño; tanto, que no pensaban más que en su ardilla.

Cierto día tuvieron la ocurrencia de que se hiciese su retrato, y, como la mamá consintiera en ello, envióse á buscar á un fotógrafo para complacer á los niños. La ardilla fué colocada en una silla alta, y, aprovechándose un momento en que permanecía quieta, el retratista pudo obtener la imagen, que Berta é Inés guardaron como una cosa rara, porque su papá les dijo que á nadie se le había ocurrido tal cosa.





EL MANZANO

(Continuación)

—¿Miedo de hacer una cosa mal hecha?—repitió Tarlton, imitando tan bien el tono de Hardy que todos se echaron á reír.—Di mejor que tiene miedo de los azotes.

—No: tanto miedo tiene de los azotes como tú, Tarlton: quería decir...

—¿Qué se me importa lo que quisieras decir? ¿Quién te manda meterte en nuestras cosas con tu cordura y tus palabras? Nadie te ha rogado te incomodases por nosotros; pero nos dirigíamos á Loveit porque es un buen muchacho.

—Pues por eso precisamente no debíais hacerlo, sabiendo que es incapaz de negarse á nada.

—¡Oiga!—dijo Loveit con tono picado.—Pues te engañas por completo: me negaría si quisiera.

Hardy se sonrió. Loveit, temiendo la censura del uno y las bromas del otro, no se atrevía á levantar los ojos, y recurrió de nuevo á la raqueta, que balanceaba con arte sobre su pulgar.

—Pero, vamos,—exclamó Tarlton;—¿habéis visto nunca en vuestra vida un chico tan estúpido? Hardy le tiene bajo su palmeta. Tanto miedo le tiene á maese Chisgaravis, que ni por la salvación de su alma levantaría los ojos de sobre su nariz. Ved cómo mira de reajo.

—Yo no miro de reajo. Nadie me tiene bajo su palmeta, y cuando Hardy quiere evitarme un castigo me prueba que es mi mejor amigo.

Loveit demostró tanto fuego en su respuesta que todos los escolares quedaron sorprendidos.

—Vamos, retirémonos,—dijo Hardy, dándole amistosamente en el hombro. Y se lo llevaba cuando Tarlton gritó:—¡Bueno! ¡Anda con tu mejor amigo y ten cuidado no te haga cometer alguna tontería! ¡Anda con Dios, borrego!

—¿Quién me ha llamado borrego?

—No le hagas caso,—dijo Hardy.—Eso no vale nada.

—Ya sé que eso no vale nada,—respondió Loveit;—pero no quiero permitir que me den semejante mote. Por otra parte,—añadió, después de haber dado algunos pasos atrás,—creerían que tengo mal genio. Prefiero volverme é ir por la raqueta, que no quiero guardarme.

—Haces mal,—replicó Hardy.—Si te vas con ellos ya no volverás.

—Te aseguro que estaré de vuelta antes de un minuto.—Y dirigióse hacia los estudiantes para probarles que no era un borrego.

Una vez vuelto sobre sus pasos, todo lo demás fué por sí solo. Para no perder su reputación de ser el muchacho de mejor pasta del colegio, se vió obligado á satisfacer todas las exigencias de sus camaradas. Ciertamente empezó por reprenderles sus malos procederes; pero en seguida se dejó convencer por sus protestas, y no tardó en dejarse persuadir de que podía, sin hacer nada

mal hecho, ir á buscar el volante. Por fin subió sobre el talud y saltó prestamente por encima del vallado ante las aclamaciones de los estudiantes.

—Héme aquí,—dijo, volviendo al cabo de algunos minutos.—He encontrado el volante y voy á deciros lo que he visto.

—Pues ¿qué has visto?—preguntó con curiosidad la banda.

—Cuando he llegado al extremo del sendero...

—Vamos, acaba pronto: ¿qué has visto?—dijo Tarlton impaciente.

—Espera un momento á que cobre aliento.

—No tienes necesidad. Anda, te escuchamos.



La ardilla y su retrato

—Pues cuando he llegado á la extremidad del sendero, y mientras buscaba el volante, he visto una gran huerta, y, en un sitio que está de cara al camino, un niño casi tan grande como Tarlton subido sobre un árbol y sacudiendo sus ramas, y á cada sacudida hacía caer una considerable cantidad de manzanas coloradas que me daban dentera. Le he pedido una al muchacho que estaba arriba, y me ha respondido que no podía darme porque eran de su abuelo; y en el mismo instante he visto detrás de un grosellero un viejo, el abuelo, sin duda, que sacaba la cabeza por la ventana y me echaba unos ojos como si quisiese comerme. Detrás de mí le he oído vociferar todo lo largo del camino.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Mamel Pla y Valor: 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA